

# HISTORIA Y POESIA

Por el Dr. LUIS GARCIA Y GARCIA  
Inspector de Enseñanza Me-  
dia del Estado

Los asesinos de César habían sido vencidos en Filipos. Sobre los escombros del campo de batalla quedaba sellado un pacto; por él se constituía Octavio en dueño y señor de Roma. Pero había algo más en aquel pacto: era preciso repartir tierras a los soldados veteranos; en aquellos momentos era éste un problema de excepcional importancia. La Ley agraria de César había dispuesto anteriormente que se repartiesen entre los veteranos las tierras del Estado; mas, si éstas no bastaban para satisfacer cumplidamente la codicia de unos y la soberbia de otros, habría necesidad de expropiar "legalmente" las posesiones de los particulares. Este programa lo iba a cumplir exactamente el joven Octavio. En consecuencia, los habitantes de numerosas ciudades y pueblos de Italia se vieron despojados de las pequeñas propiedades que fueron distribuidas entre las legiones vencedoras de Filipos. Los pobres campesinos italianos, tan apegados a sus tierras y a sus tradiciones, se encontraron un día inicuamente desposeídos de su predios. ¿Qué iban a hacer tantos hombres empobrecidos, sin penates y sin tumbas?

El zarpazo cruel llegó también a Cremona y a la cercana Mantua. Allí tenía su pequeño dominio un joven humilde, hijo de un alfarero; ese joven sería después uno de los más grandes poetas de la Humanidad. Y en versos latinos lloró el latigazo de su infortunio:

*¡Ay Mantua, por tu mal, vecina  
de la pobre Cremona desgraciada!* (Egl. IX, 28).

Vivía Virgilio apegado a su terruño, entre verdes praderas y melancólicos paisajes de bruma; se estaba formando allí un poeta extraordinario, dulce, apacible, cantor de ovejas y pastores, de reyes y caudillos, que supo expresar como nadie en sus versos, lo mismo la delicada ternura de una flor que muere tronchada por el arado, que el tremendo dramatismo de los toros en celo.

La confiscación de sus tierras era para Virgilio un golpe brutal. Sin embargo, aquel gran señor de Roma, que se llamó Asinio Polión, intercedió en favor suyo y le fueron restituidas al poeta sus posesiones.

Hasta aquí, la historia.

Parece natural que Virgilio, que tanto ensalzó la piedad de Eneas, cantase también la que con él tuvo Octavio. Y así lo hizo bellísimamente en la primera de sus Eglogas.

Con paso cansino y lento caminaba una tarde de estío tras su rebaño uno de aquellos campesinos, víctimas de la confiscación. Al azar de los senderos, se encontró con un pastor que, a la sombra de un haya, tañía alegremente su flauta. Cerca de él pacían sus ganados sosegadamente en la tranquilidad de la tarde; y el pastor, que conocía muy bien la convulsión de los hogares campesinos, gozaba de bienestar, estaba contento y cantaba alegre sus amores y la piedad de Augusto para con él.

El pastor caminante, por contraste, no contaba sino penas muy hondas; sin casa y sin hacienda, caminaba sin rumbo también. Los que todo lo habían perdido, un todo bien pequeño tal vez, pero por eso mismo más íntimo y más entrañable, tendrían acaso que trashumar a lejanas tierras, al Africa o a Escitia, lejos de los hogares nativos, profanados por una soldadesca impía. El no volvería a ver ya a sus cabras retozando en lo alto de los riscos, ni oiría más a las tórtolas que tantas veces habían arrullado su sueño. A la sombra de unos avellanos quedaban abandonados los últimos recentales de un rebaño que fué feliz en otro tiempo.

Las sombras de las montañas se alargaban sobre los valles; los caseríos lanzaban al aire el humo de sus hogares y el pastor dichoso invitó a pasar con él la noche a su compañero infortunado.

Así cantó la poesía de Virgilio.

Escuchemos a otro vate, Garcilaso, que, siglos más tarde, dice así:

*En la ribera verde y deleitosa  
del sacro Tormes, dulce y claro río,  
hay una vega grande y espaciosa.*

Sentémonos unos instantes sobre la verde alfombra de la vega de Alba de Tormes. Como un gigante vencido yérguese allí sobre el paisaje el castillo de D. Fadrique Alvarez de Toledo. En él fue servidor del Duque de Alba otro poeta, castellano y del siglo XV, fundador de nuestro teatro, y autor de deliciosos villancicos y romances.

Juan del Enzina, que tal era su nombre, nació en los últimos años del reinado de Enrique IV de Castilla y vivió los más venturosos de los Reyes Católicos. Humanista consumado, supo hermanar la historia con la poesía y tradujo en versos castellanos las Eglogas de Virgilio. Y lo interesante, lo que queremos hacer resaltar aquí, es que Enzina en su traducción aplicó las ideas de las Bucólicas virgilianas a los sucesos políticos de su tiempo. Ya no aparecen en ellas Augusto, ni Polión, ni el hijo de éste, que con su nacimiento iba a traer al mundo romano una nueva edad de oro; los personajes del poeta castellano serán Enrique IV, Isabel y Fernando, el Príncipe D. Juan; los veremos en seguida.

Dedicó Enzina su traducción a los Reyes Católicos, a los cuales dice estas palabras: "por mucho que todo el mundo cante y pregone de vuestros loores y alabanzas, no lo tomeys por lisonja, que no es sino la verdad, que da testimonio de sí mesma".

Los últimos tiempos de Enrique IV de Castilla fueron de completo desorden y anarquía: rebeldías de los nobles, debilidad del poder, intrigas cortesanas, escándalos amorosos; todo lo que culminó en un día 5 de junio de 1465 en el escarnio infamante del Auto de Avila. Dice el P. Mariana: "La cosa pasó desta manera: Fuera de los muros de Avila levantaron un cadalso de madera, en que pusieron la estatua del rey Don Enrique con su vestidura real y las demás insignias del Rey: trono, cetro, corona; juntáronse los señores; acudió una infinidad de pueblo. En esto, unregonero, a grandes voces, publicó una sentencia que contra él pronunciaban, en que relataron maldades y casos abominables que decían tenía cometidos. Léfase la sentencia y desnudaban la estatua poco a poco, y a ciertos pasos, de todas las insignias reales; últimamente, con grandes baldones,

le echaron del tablado abajo". Es justamente a esta situación caótica a la que alude el poeta salmantino cuando dice en la tercera égloga:

*¡Oh ganado desvalido,  
ovejas descarriadas,  
él alla por las majadas  
con Nehera embebecido.*

Pero más tarde, con los Reyes Católicos amanecía una aurora de grandeza sobre los reinos de España. Por eso, el pastor Títiro, que en la primera égloga virgiliana cantó la generosidad de Augusto, canta en Juan del Enzina al rey Fernando:

*Desque aqueste rey nos tiene  
y al otro señor dejamos,  
mucho ganado nos viene.*

.....  
*Mas en el otro poder  
no gozábamos placer,  
porque no se nos pagaba  
las haciendas,  
con trabajos y contiendas,  
ninguno no las labraba.*

Aquella niña rubia que había nacido como la espiga más hermosa de los tri-gales de Madrigal, fue proclamada en Segovia reina de Castilla. Algunos nobles turbulentos no la reconocieron como tal y defendían el mejor derecho de la Bel-traneja, a quien apoyaba su tío, Alfonso V de Portugal. Tras la victoria de los castellanos en Toro, les fueron confiscados bienes y haciendas a los partidarios del rey portugués. No obstante, la generosidad de los Reyes Católicos perdonó a muchos, a quienes les fueron, en consecuencia, devueltos sus bienes. El paralelismo entre este hecho histórico y el que recordábamos de la Roma de Augusto no puede ser más grande. Y así lo entendió Juan del Enzina, que hace cantar de esta suerte al Melibeo virgiliano:

*Títiro, cuán sin cuidado  
que te estás so aquesta haya,  
bien tendido y rellenado;  
yo triste descarriado  
yo no sé por do me vaya  
¡ay carrillo!  
tañés tú tu caramillo,  
no hay quien cordojo te traya.*

Y contesta Títiro, que en el poeta castellano alude a los rebeldes perdonados por la clemencia de los Reyes:

*¡O buen zagal Melibeo,  
cuánto bien nos hizo Dios!,  
diónos rey de tal aseo  
que todo nuestro deseo  
se nos cumple...*

*Los ganados por aquí  
como de antes nos dejó  
y las vacas  
dejar hacer alharacas  
con los toros nos mandó.*

Es muy curiosa la aplicación que hace Juan del Enzina de la cuarta égloga de Virgilio. Cantaba en ella el poeta latino, según indicamos antes, la profunda transformación que sufriría el mundo con el nacimiento de un niño prodigioso. Era natural que algunos intérpretes cristianos vieran en Virgilio a un profeta mesiánico. Sin embargo, los historiadores han pensado más bien en Asinio Galo, hijo de Asinio Polión que tanto había contribuido al tratado de Brindis, con el que terminaban las guerras civiles. Fray Luis de León vertía así el pasaje virgiliano:

*Los siglos tornan de la edad dorada;  
de nuevo largos años nos envía  
el cielo y nueva gente en sí engendrada.*

Juan del Enzima, al traducir el poema de Virgilio, pensó inmediatamente en el Príncipe Don Juan, aquel hijo de los Reyes Católicos en el que se cifraron todas las esperanzas de España; esperanzas que ¡ay dolor! se malograron en un día aciago, el 4 de octubre de 1497, en Salamanca. "Ibi iacet totius Hispaniae spes", dice la inscripción de su sepulcro en Santo Tomás de Avila. Escribe nuestro poeta:

*¡Oh Virgen María! Tú da perfección  
al Príncipe nuestro don Juan ya nacido,  
por ti le veamos muy favorecido,  
pues reina en la tierra tan cristiano rey,  
tal reina tan santa luz de nuestra ley,  
que en todas sus obras es Dios muy servido.*

.....  
*¡Oh rey don Fernando y doña Isabel!  
En vos comenzaron los siglos dorados.*

Hay en la égloga séptima del poeta mantuano un torneo poético de dos pastores: El pastor Coridón canta en versos encendidos la hermosura de la naturaleza, cuando está con él Alexis; mas si Alexis se ausenta, siente aquél un vacío en el alma y un velo de tristeza se extiende sobre aquellos valles florecidos

En la versión que hace Enzina de esta égloga, es Castilla toda con sus caminos pardos, sus posadas y trajinantes, la que se inunda de gozo cuando están en ella sus amados Reyes; mas alguna vez han de atender aquéllos a sus negocios de Aragón; y entonces el dolor y la angustia envuelven en sus alas negras las tierras castellanas:

*Agora en gran alegría  
todas las cosas están,  
mas si Alexis (el rey Fernando) muy galán  
destos montes se desvía,  
los ríos se secarán.*

Deténgase aquí ya nuestra pluma, aunque siguió más lejos aún la de Juan del Enzina. Hagamos constar, para concluir, que la interpretación poética del poeta castellano respondía en aquellos momentos a la historia de una España que se sentía felizmente gobernada por D. Fernando de Aragón y su egregia esposa doña Isabel de Castilla.

## MADRID: 3.030.698 HABITANTES AL TERMINAR 1968

SEGUN datos que proporciona la Sección de Estadística del Ayuntamiento, la población de Madrid, que alcanzó los tres millones de habitantes el 9 de agosto de 1968, llegó el día 31 de diciembre de igual año a los 3.030.689, población que está constituida por 1.447.029 varones y 1.583.660 mujeres. Durante el pasado año la población aumentó en 80.888 habitantes. Puede señalarse como referencia comparativa que en España existen veinte capitales de provincia con población inferior a la que representa el crecimiento de Madrid en 1968.

El movimiento natural de la población fue el siguiente:

- Matrimonios, 24.261.
- Nacieron 38.495 niños y 36.392 niñas.
- Fallecieron 11.083 varones y 10.499 mujeres.
- Nacieron muertos, 2.099.

Estos hechos demográficos se produjeron a una velocidad relativa de un matrimonio cada 22 minutos, un nacimiento cada siete, y una defunción cada veinticuatro. El crecimiento vegetativo, esto es, nacimientos menos defunciones, fue de 53.350 habitantes, lo que representa un incremento de la población de 18,09 por 100. El movimiento migratorio registró 32.014 altas y 12.651 bajas, con un crecimiento de 9.362 habitantes que incrementó la población en el 6,56 por 100.